

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO II--NÚM. 27

MÉXICO, DICIEMBRE 30 DE 1900.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem idem en la Capital, 1.25

Gerente: ANTONIO CUYÁS.



Federico el Grande muere en brazos de su ministro, Conde Hertzberg.

De la Gran Exposición Artística en Berlín.

Modelo en yeso, del Profesor Gustavo Eberlein.

Cuentos de Año Nuevo.

Hallábase sentada una madre junto á la cuna de su pequeño hijo, por todo extremo afligida y temerosa de que la muerte se lo arrebatara. Pálido y demacrado era el rostro del pobre pequeño y sus párpados permanecían entornados. Su respiración difícil era algunas veces tan profunda, que más parecía suspiro que respiración, y no obstante, aún infundía más lástima la madre que el inocente moribundo.

Hé aquí que llaman á la puerta y entra en la casa un pobre viejo, triste y envuelto en un holgado cobertor, que le resguardaba del frío y le era á fe de todo punto indispensable, pues reinaba un invierno muy crudo, el campo estaba cubierto de nieve y de hielo, y el viento era ricio y cortaba el cutis.

El buen hombre tiritaba de frío; y habiéndose adormecido el niño por algunos momentos, la madre se separó de la cuna y se fué á poner á la lumbre una pequeña vasija con cerveza para reanimar al anciano. Este, en tanto, se sentó en la silla que antes ocupaba la madre y se puso á mecer al niño suavemente. Luego después la madre tomó asiento á su lado y tendiendo una profunda mirada sobre el enfermo, que cada vez respiraba más difícilmente, cogió su manecita y dijo:

—“¿No es verdad que no lo perderé? ¡Oh, no! ¡Dios es bueno y no querrá quitármelo!”

A estas palabras, el anciano, que no era otro que la Muerte, hizo con la cabeza un gesto tan singular, que del mismo modo podía decir que sí como que nó. La pobre madre bajó los ojos, y dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Sintióse como un peso en la cabeza, pues había pasado tres días y tres noches sin cerrar los párpados; permaneció amodorrada cosa de un minuto no más, y en seguida despertó llena de sobresalto, sintiendo un estremecimiento de frío.

—“¡Qué veo!” exclamó paseando por su alrededor sus ojos extraviados. El viejo había desaparecido y la cuna estaba vacía: aquel hombre se había llevado al niño. Desde su rincón dejó oír el viejo reloj un ruido sordo y confuso, los rodajes rechinaron con estruendo, el macizo peso de plomo se desprendió, cayendo en el suelo y ¡paf! paróse el péndulo instantáneamente.

La pobre madre se precipitó fuera de la casa, clamando por su hijo.

Afuera dió con una mujer que vestía holgado traje negro, y estaba sentada en medio de la nieve.

—“La Muerte entró en tu casa, le dijo la desconocida. Yo la he visto salir, llevándose á tu hijo; pero la Muerte corre más que el viento y no suelta nunca su presa.”

—“Dime sólo una cosa, dijo la madre. ¿Qué dirección ha tomado? Dímelo, te lo suplico; dímelo y yo sabré alcanzarla.”

—“Conozco el camino por donde se ha ido, contestó la enlutada mujer; pero antes de indicártelo, necesito que me dejes oír todas las canciones que cantabas á tu hijo. Estas canciones me agradan y tu voz me enamora. Yo soy la noche, te he oído cantarlas varias veces y he visto correr tus lágrimas cuando las cantabas.”

—“¡Oh! Yo las cantaré todas, todas enteramente, pero será después, dijo la madre. Ahora, no me entretengas, déjame alcanzar á la Muerte y recobrar al hijo de mis entrañas.”

La Noche permaneció muda é impasible y la pobre madre, juntando las manos y llorando á mares, se puso á cantar. Muchas fueron sus canciones; pero hubo en ellas más lágrimas que palabras.

Por fin le dijo la Noche:—“anda en línea recta hacia el sombrío bosque de abetos: por allí ha huído la Muerte con tu hijo.”

La madre salió disparada hacia el bosque; pero á lo mejor se encontró con que el camino se bifurcaba y se quedó perpleja, no sabiendo qué dirección tomar. Había por allí un espinoso zarzal sin hojas ni flores, y como esto pasaba en lo más crudo del invierno gruesos carámbanos colgaban de sus desnudas ramas.

—“¿Has visto á la Muerte llevándose á mi hijo?” preguntó la madre.

—“Sí, contestó el zarzal; pero no indicaré el



camino que ha tomado, sino con una condición; has de calentarme en tu seno: me muero de frío.”

Y la madre, sin titubear un momento, apretó el zarzal contra su pecho para derretir el hielo que lo cubría. Las espinas desgarraron sus carnes y brotaron de las heridas gruesas gotas de sangre; pero el zarzal retoñó instantáneamente, cubriéndose de verdes y frescos tallos y de hermosas flores, en aquella noche de invierno. ¡Tan intenso y febril es el calor que alberga el seno de una madre afligida!

El zarzal le indicó el camino que debía tomar. Llegó la madre á orillas de un anchuroso lago, en el cual no había barca ni esquife, ni hielo bastante duro para pasarlo á pie, siendo por otra parte demasiado profundo para vadearlo. Y no obstante, le era preciso llegar á la orilla opuesta si quería encontrar á su hijo. Delirante de amor se arrojó al suelo tratando de beberse toda el agua del lago, cosa enteramente imposible; pero la angustiada madre creía que Dios se apiadaría de ella y obraría un milagro.

—“No, no has de lograr lo que te propones, le dijo el lago. Repórtate un poco y veamos si hay medio de entendernos. A mí me gusta tener perlas en el fondo de las aguas y veo que tus ojos ostentan un brillo que excede al de todas las perlas que he poseído. Si á fuerza de llorar logras que tus ojos se te desprendan, yo te conduciré hasta el invernadero que se levanta á la orilla opuesta, en el cual tiene la Muerte su morada, dedicándose al cultivo de flores y árboles, cada uno de los cuales representa la vida de un sér humano.”

—“¡Oh! exclamó la madre, ¡qué es lo que no daría yo por recobrar á mi hijo!”

Y ¿quién hubiera podido imaginar, después de todo, que aún le quedasen lágrimas? Y sin embargo lloró amargamente, como no había llorado nunca, hasta que sus ojos se le cayeron de sus órbitas al fondo del lago, y quedaron convertidas en dos perlas como nunca las había poseído reina alguna.

El lago entonces la tomó y sostuvo en su superficie, y cual si hubiese sido un columpio, con un solo movimiento de ondulación, la dejó á la otra orilla, donde se levantaba un maravilloso edificio, cuya fachada tenía más de una legua.

De lejos no podía distinguirse bien si esta soberbia construcción era una montaña con sus grutas y bosques ó una obra de arte. Pero la desoladora madre ya nada podía distinguir, habiendo perdido la vista.

—“Y ahora, ¿cómo reconoceré á la Muerte que me ha arrebatado á mi hijo?” gritó con desgarrador acento.

—“La muerte no ha llegado todavía,” le contestó una vieja, que andaba por allí guardando el invernáculo y cuidando las plantas. “Y dime: ¿cómo te las has compuesto para llegar hasta aquí? ¿Quién te ha ayudado?”

—“Sólo Dios misericordioso. Pero tú también, te apiadarás de mí, buena mujer. ¿Dónde está mi hijo?”

—“No le conozco, repuso la vieja, y veo que eres ciega. Hay aquí muchos árboles, flores y plantas que se han marchitado esta noche y dentro de poco vendrá la Muerte, como de costumbre á retirarlos. Creo que ya sabrás que todos los seres humanos tienen aquí un árbol ó una flor que representa su vida y su carácter y que muere con ellos. A la simple vista parecen vegetales ordinarios; pero al tocarlos nótanse en ellos las pulsaciones de un corazón. Llégate hasta aquí y tal vez podrás reconocer los latidos del corazón de tu hijo. ¿Pero qué me darás si te enseño el camino?”

—“Nada me queda, respondió la desdichada madre con honda tristeza. Sin embargo, pide lo que quieras y yo iré á buscarlo aunque sea al fin del mundo.”

—“De fuera de aquí nada necesito, contestó la vieja. Dame tu larga y sedosa cabellera negra, es muy rica; me gusta y deseo trocar con ella mis pobres canas.”

—¿Nada más? dijo la madre. Tómala en hora buena.

Y se arrancó sus magníficos cabellos que un tiempo fueron el orgullo de su juventud y se puso en su lugar las canas cortas y escasas de la vieja.

Esta la tomó luego de la mano y juntas entraron en el vasto invernáculo donde crecía formando soberbias espesuras; una vegetación maravillosa. Jacintos delicadísimos colocados bajo campanas de cristal, estaban junto á peonías hinchadas y vulgares. Veíanse plantas acuáticas, las unas exhuberantes de savia y las otras casi marchitas y con las raíces rodeadas de asquerosas culebras. Algo más lejos se erguían esbeltas palmeras, copudas encinas y frescos plátanos, y en un rincón extraviado, ostentábanse grandes cuadros de perejil, tomillo y otras yerbas de cocina, emblema del género de utilidad que prestan aquellas personas modestas cuya vida simbolizaban. Había además grandes arbustos plantados en unas macetas tan angostas é incapaces, que parecía que iban á estallar, y en cambio miserables florecillas ocupaban ricos y holgados vasos de porcelana, absorbiendo el más sustancioso mantillo, rodeadas de musgo y siendo objeto de los más exquisitos cuidados. Todo esto representaba la vida de los hombres que existían en aquel momento, desde la China hasta Groenlandia.

En vano la vieja trataba de explicar detalladamente disposición tan misteriosa; la madre no la oía y no cesaba de pedir que la acompañase junto á todas las pequeñas plantas, tentándolas y palpándolas con afán para percibir sus pulsaciones, hasta que después de haberlo verificado con millares de ellas, acabó por distinguir y reconocer los latidos del corazón de su hijo.

—“El es,” exclamó, tendiendo la mano sobre un pequeño tallo de azafrán, doblado sobre sí mismo y poco menos que mustio.

—“Cuidado, no lo toques, dijo la vieja, y no te muevas de aquí. Cuando venga la Muerte, que no puede tardar, amenázala con arrancar todas las flores que crecen en torno y tendrás miedo, pues es responsable y ha de dar cuenta de ellas á Dios, no pudiendo arrancarse ninguna planta sin su previo consentimiento.”

Al poco rato se dejó sentir una ráfaga de viento glacial, y la madre adivinó la proximidad de la Muerte.

—“¿Cómo has hallado el camino de este sitio? preguntó la Muerte. ¿Cómo te las has compuesto para llegar hasta aquí antes que yo? Explicátele.”

—“Soy madre,” contestó lacónicamente.

Y la Muerte extendió su mano larga y huesosa sobre el pequeño azafrán; pero la madre lo tenía estrechamente circuido con las dos suyas, al propio tiempo que ponía el mayor cuidado en no ajar ninguno de los menudos y delicados pétalos. Entonces la Muerte tomó el partido de soplar sobre las manos de la madre, la cual se las sintió caer desfallecidas, porque el aliento de la Muerte es más frío y helado que los vientos del más riguroso invierno.

—“Tú nada puedes en contra mía, dijo la Muerte.

—“Dios puede más que tú,” repuso la madre.

—“Es cierto; pero yo cumplo sus mandatos, á fuer de jardinero puesto á sus órdenes; todas esas flores, todos esos árboles y matas cuando ya no pueden vivir en el invernadero, los trasplanto á otros jardines y entre ellos, el grandioso é inmenso del paraíso, comarcas desconocidas, en las cuales ni tú sabes lo que ocurre, ni yo puedo decírtelo.”

—“¡Compasión! ¡Ay de mí! gritó la madre. No me arrebatas á mi hijo, ahora que he tenido la dicha de encontrarlo.”

La suplicante madre gemía amargamente y la Muerte permanecía impassible, por lo que llevando aquella la mano sobre dos flores brillantes y magníficas, dijo á la Muerte:

—“Pues bien, ya que nada te dice la desesperación de una madre, yo arrancaré esas dos flores y haré lo mismo con las restantes, devastando todo este jardín.”



—“Detente, gritó la Muerte. Y tú, madre desgraciada, ¿no reparas en destrozarte el corazón de otras madre?”

—“¡Otras madres!” murmuró la pobre mujer, apartando la mano de las flores.

—“Toma, dijo la Muerte: toma tus ojos; los he visto en el lago: brillaban con tanta dulzura, que no he podido menos que recogerlos. No sabía que fuesen los tuyos. Recóbralos y mira al fondo de ese pozo. Ahí verás lo que habrías destruido destruyendo esas flores. En los reflejos del agua verás la suerte reservada á cada una de esas dos flores y á tu hijo, si hubiese vivido.”

La madre se inclinó sobre el brocal y vió pasar sucesivamente una serie de imágenes de ventura y alegría formando risueños cuadros, seguidos de espantosas escenas de pesadumbre, desolación y miseria.

—“Esas cosas, así las unas como las otras, son voluntad de Dios,” dijo la Muerte.

—“Pero en lo que me acabas de enseñar, exclamó

mó la madre llena de zozobra, no creo haber visto yo el destino de mi hijo.”

—“No te diré yo cuál de ellos es, repuso la Muerte; pero lo repito; entre todo lo que has visto está la suerte que á tu hijo le aguarda en el mundo.”

La madre, enloquecida, hincó las rodillas, exclamando:

—“Por Dios, oye mis ruegos y respóndeme de una vez: ¿le estaba reservada á mi hijo la parte horrible de ese espectáculo? Dímelo sin rodeos, habla. ¿No quieres contestarme? ¡Oh! en la cruel incertidumbre en que estoy sumida, será mejor que me lo arrebatas antes de que corra el riesgo de sufrir tales desgracias. Le quiero más que á mí misma al hijo de mis entrañas; caigan pues sobre mí todas las desdichas. Llévalo en buena hora al reino de los cielos, y olvídense mis lágrimas y mis súplicas, mis palabras y mis sacrificios.

—“No te entiendo bien, dijo la Muerte; vamos á ver, ¿quieres, sí ó no, recobrar á tu hijo, ó prefieres que le conduzca á ese lugar desconocido de que no puedo hablarte?”

La madre, entonces, juntando las manos, cayó de rodillas, y dirigiéndose al Rey de los cielos, exclamó:

—“No me escuches, Dios mío, si desde el fondo del corazón reclamo contra tu voluntad, que está siempre cifrada en lo mejor. ¡Oh! ¡No me escuches, no me atiendas!”

E inclinando su cabeza sobre el pecho, caía abismada en la más terrible de las congojas, era tanto que la Muerte arrancaba el débil tallo de azafrán y volaba á trasplantarlo al jardín desconocido.

Anderson.

La gloria de nuestro Siglo.

El siglo que hoy muere, nació entre los escombros, las llamaradas y las humaredas de un formidable incendio. La revolución francesa había pasado un rasero nivelador sobre las desigualdades y protuberancias del pasado; había “desmontado” el campo por medio del fuego; segado cabezas como el tirano adormideras; demolido viejas é inmovibles construcciones sociales; desarraigado preocupaciones; transformado ideas, usos y costumbres, y borrado, en suma, el pasado.

Sobre ese campo en barbecho, entre ruinas ennegrecidas y manchadas de lodo y sangre, nació el siglo creador, y reconstructor por excelencia, el que ha fundado los cimientos del monumento futuro, el siglo que atalajó á su carro la ciencia y la industria, que lo han paseado triunfante y glorioso por todo el haz de la tierra.

Tres grandes épocas y tres grandes fastos tiene la ciencia humana: la antigüedad griega, el Renacimiento y el siglo XIX. La Grecia antigua, cuyo guía fué Aristóteles, cultivó de preferencia la filosofía; si con los ojos del arte estudiaba la naturaleza exterior, con la luz de la reflexión se engolfaba en los misteriosos arcanos del alma humana; profundizó la moral, influyó en las costumbres, formó inteligencias y corazones, peroró con Demóstenes, moralizó con Sócrates, idealizó con Platón; pero no trascendió lo bastante á la industria, al trabajo, al bienestar material del hombre.

Durante el Renacimiento, la portentosa actividad humana se convirtió á las bellas letras y á las bellas artes. Resucitaron las clásicas, pero de preferencia las clásicas literarias; la plástica en todas sus manifestaciones se ostentó; floreció, llenó la vida, casi constituyó su fin exclusivo, y volvieron á poblarse de estatuas las calles y parques; de monumentos, las plazas; de grandiosos edificios las ciudades; de cuadros los templos y los museos. El siglo de Aristóteles fué filosófico y moral, el Renacimiento, artístico y literario, nuestro siglo, científico é industrial.

Si pudiere condensarse en una breve forma cuál ha sido la excelcitud del siglo XIX, y condensar en una frase su grandeza, diríamos que lo que lo caracteriza y lo hace sublime, es que nunca antes de él la ciencia pura trascendió más rápida-

mente á la vida práctica, y que jamás el teorema ha influido más inmediata y directamente en el bienestar del hombre.

Era característico del progreso humano, que la verdad tuviera una incubación secular antes de poder fecundar y mejorar la vida. Descubierto



Niñas Dolores Echenique y Luz López, el día de su primera comunión.

hoy un principio, había que esperar largos siglos su aplicación útil; la verdad quedaba estéril é infecunda, germinando en los espíritus, almacenada en las bibliotecas, antes de dar fruto, de servir de algo, de abreviar el trabajo, de dulcificar la pena, de mitigar el dolor, de acrecentar en un átomo la felicidad.

En nuestro siglo, al descubrimiento de la verdad, ha seguido su inmediato aprovechamiento, su casi instantánea transformación en máquina poderosa, en instrumento preciso, en utensilio có-

modo, en procedimiento eficaz. Fulton y Watt, estudian en su tortera la tensión del vapor, y á poco andar, las locomotoras ruedan y los steamers navegan; apenas Pasteur descubre el primer microbio, cuando prepara la primera vacuna; no bien brota la primera chispa entre dos electrodos, cuando comienza el faro á destellar, y el foco á brillar; del descubrimiento de las toxinas, surge toda una terapéutica; de la fotografía instantánea, el cinematógrafo; apenas la ciencia habla, cuando ya la industria trabaja; la cosecha del fruto sigue de cerca á la coloración de la flor.

Con las aplicaciones del vapor, se inicia este movimiento de instantánea transformación de lo verdadero en útil, de lo científico en industrial, de lo filosófico en moral y social, y se continúa durante todo el siglo, con ímpetu creciente: no se sabe qué se ha conquistado más, si verdades innegables ó aplicaciones útiles, ni es fácil el balance entre los principios descubiertos y los inventos realizados. A medida que se ha acrecentado el saber, se ha refinado el bienestar; el pan es más abundante, el vestido más abrigador, la habitación más confortable, y á la vez el criterio humano convertido á las aplicaciones de la esencia, se ha hecho más recto y más práctico.

La ciencia que era una divinidad etérea é intangible, que habitaba regiones inaccesibles, que parecía huir del contacto mezquino y degradante de las miserias humanas, encarnó y tomó cuerpo; tonaba, como un Júpiter, se envolvía en nubes, y se circunvalaba de relámpagos, como un Jehová y en nuestro siglo descendió, como Cristo á la tierra; se mezcló con los hombres, vivió su misma vida, les prodigó consuelo, les dió alimento y vida y esperanza, les tomó de la mano y los guió por el sendero que ha de conducirlos á un porvenir mejor, dulcificando sus pasiones con el incremento de su bienestar, y haciéndolos mejores á medida que son menos desgraciados.

Esta redención del hombre por la ciencia, es la obra de nuestro siglo, ese descenso del cielo á la tierra y del empíreo al obrador, esa constante preocupación de utilizar lo que se sabe y de aplicar lo que se descubre, son su gloria y los títulos que permitirán á la posteridad decretarle las palmas y colocarlo entre los primeros y más grandes.

Dr. M. Flores.



LLEGADA DEL SIGLO XX.



PORTADA.

Calle la Musa lánguida que un día
Derramó, en sus insomnios pasionales,
Sobre el ánfora ebúrnea de la orgía,
El polen de sus rosas tropicales.

Calle la Musa que libó en la copa
De Anacreón febricitantes heces
Y elevó, con Ovidio,
Al arte del amor lúbricas preces.

En vez de la pasión sensual y muda,
Que, en forma de mujer blanca y desnuda,
De erectos senos y divina cara,
El buril praxistólico

En transparente mármol encarnara;
Resurja, altivo y bélico

Y fiero y triunfador, el arquetipo
De actitud grave y talla de coloso,
Como surgió de un arte voluptuoso
El Hércules Farnesio de Lisipo.

Y ante el sombrío drama
En que la humanidad enloquecida,
Al borde del abismo, como Hamlet,
Tiene necesidad de amar la vida;
Ante ese ilimitado panorama
Donde aparece un siglo agonizante,
Como un sol en Ocaso,
Lleno de luz, pero también de enigmas:
Déme su voz el huracán tonante
Y esgrima el brazo, redentor entonces,
El hierro ardiente, marcador de estigmas,
Y el dórico cincel que esculpe bronce!

ECCE HOMO.

I

Débil generación: detén el torpe
Paso inseguro con que audaz camina,
Brillante sólo de prestado afeite,
Tu cuerpo envejecido en los intensos
Insomnios del deleite;

Has que tu pensamiento, encarcelado
Tras de tu frente, ensombrecida y pálida,
Surja á la vida de la luz, como una
Redimida crisálida;

Reconcentra en tu espíritu,
Si el "quid divinum" dentro dél alienta,
La fe; que es luz de paz dentro del alma
Y que es Sol de esperanza en la tormenta.

¿En dónde está la "voluntad," serena
Reguladora del cerebro humano
Que, rigiendo el espíritu y la carne,
Sus atávicos ímpetus refrena?

¿Qué hiciste de esa fuerza—indestructible
Timón con que de todas las borrascas
El hombre surge salvo é invencible?

¡Ay! por buscar la vibración que flota,
El sueño absurdo y la visión macabra,
Has dislocado el sentimiento y—rota
La verdad en el arte y la palabra—
Poseído de histérica facundia
Y de innoble iracundia,

Has dejado apagar sagradas luces,
Has dejado morir ansias queridas,
En el Vicio de ondas homicidas
Y en la duda de trágicas fauces!

¿En dónde está la "dignidad," el faro
De tu propio valer y tu albedrío?

¿En dónde está esa lámpara?...—No arde!
De tu conciencia en el altar vacío,
Dejó extinguirla tu pasión cobarde!
Y—blanco de la insidia—

Ries procaz ante los dioses rotos
Y aplaudes tu dolor y tu perfidia!

La claridad del deshonor delata;
En plena luz, los miserables gimen;
Siempre la obscuridad encubridora,
Sirvió propicia al crimen;
Y en la tiniebla de tu ser, ahora,

Por aplacar tus locos apetitos,
Inútil es que á Babilonia acudas
Como á madre de todos los delitos:
Babilonia está en tí...tú eres, á un tiempo,
Traición y vicio.... Baltazar y Judas!

Mirad!... el mismo cósmico equilibrio
Que sostiene los átomos compactos
En la armonía inmensa de los mundos,
O en la secreta vida de la muerte;
La misma innata, íntima influencia
Que hace que el débil huya del más fuerte,
Buscando una fatal coexistencia;
Ese mismo poder ó fuerza muda,
Núcleo de vida ó foco de pasiones,
Haz de dolor ó carmen de placeres,
Es el "Maelstrom" de incognoscible elíptica
Por do "ab eterno" ruedan
Individuos y pueblos y naciones,
En marcha apocalíptica!

II

Vedlos marchar: el niño ya no busca
El dulce y tierno y maternal regazo;
Con una audaz precocidad de hombre,
Rompiendo de la infancia el tibio lazo,
En vez del dulce almíbar
Conoce ya las heces del acíbar;
Sueña en la lucha, en los placeres sueña
Y en el primer umbral de su camino
Como una débil guiña se despeña!

Y el amor—esa llama que confunde
En una sola fé dos corazones?
Ya no incuba la dicha y la modestia,
Hoy es audaz, lujuriosa bestia
Que agoniza en un suelo que se hunde:

Abierta está la verde celosía;
Un flechazo de luz rasga la umbría
Lobreguez de la cámara secreta,
Como un nimbo de luces de Bengala;
Mas no flota la escala
Ni ansiosa aguarda en el balcón Julieta.

Adentro, sobre el muelle,
Rojo diván de rico terciopelo;
En la mano la copa del champaña,
Que, al derramarse, en el tapiz salpica,
Está un Adonis macilento y frío,
Cuya alma, enferma de maldad y hastío,
Como su cuerpo mísero claudica....

Y la hermosa beldad su oro premia
Y al besar, con la púrpura
De sus labios, la copa de Bohemia,
Del doncel taciturno
La hipocondriaca languidez alivia
Y extiende, como un pájaro nocturno,
De su abrigo de pluma el ala tibia.....

De su túnica regia se despoja
Y, enfrente de la luna veneciana,
Donde irradia la imagen incitante,
Aparece, desnuda y palpitante,
Como una diosa de la edad pagana....

Y acaba el "fiat lux!....." y tras la dura
Jornada en que el dolor placer remeda,
Un girón menos en el alma queda,
Más sombras cubren á la selva oscura
Donde se pierde el corazón opreso.....
Y en aquella ideal boca de virgen,
Digna de la plegaria y la ternura,
Se estampa un beso más....; trágico beso!

Triste calleja, húmeda y sombría,
Inquieta soledad, vulgares casas
De muros agrietados,
Encorvado farol que parpadea,
Con las intermitencias de un beodo,
Y da, con sus fulgores mutilados,
Tonos de sangre al removido lodo.
Abajo: el sucio fondo de la charca
Cortada, á trechos, por fugaces huellas;
Arriba: todo y nada, lo que abarca
Un cielo sin color y sin estrellas;
Y en el dintel de puerta envejecida

Un bulto informe de mujer, el resto
De un alma en el naufragio de la vida;
Miserable, nocturna callejera,
Que al primero que pasa
Se ofrece.... para todo lo que quiera!
Pobre flor, sin auroras,
Juguete vil de la lujuria indigna,
Que sus pesares cuenta por sus horas,
Y en su dolor eterno,
Como herida paloma se resigna!

La mirada tornad, ved cómo impera
En su palacio la Avaricia artera:
Amplio salón, henchido
De sofocante gas y de tabaco.

Que nublan el ambiente empobrecido:
La multitud ansiosa,
En cuya faz el vértigo
La exaltación de la demencia estampa,
Esperando el oráculo temido
De la falaz fortuna ó de la trampa;

Y el joven y el anciano,
El potentado y el humilde obrero,
Unidos ¡ay! en fraternal consorcio
Por la voz argentina del dinero.
Y tras la brega insana
Y ante el tapete, encubridor de abismos,
Como la mar y la esperanza, verde:
La palidez contrita del que pierde
Y la triunfal sonrisa del que gana!

III

Y ved á las naciones!... marcha opreso
El pueblo á su Calvario de amarguras
Y hambriento dobla la rodilla, al peso
De tantas armaduras!

En vez de los arados y del tajo,
Surca el cañón la abandonada tierra
Y está el pueblo sin pan y sin trabajo:
Pero hay en los graneros proyectiles
Y—por salvar la honra de los pueblos—
Los reyes tienen pólvora y fusiles!

Falta el aire en el fondo
De los enrarecidos subterráneos
Donde las masas oprimidas gimen;
La fiebre del dolor arde en los cráneos
Y surge de lo hondo
Una fatal necesidad de crimen!

Razas, cansadas de vivir, combaten
Y se buscan y acechan, con sigilo,
De uno á otro hemisferio.
No se oye de la paz el noble cántico,
Ni hay del trabajo el confortante acopio;
La sangre mancha el abundoso Nilo,
Ha enrojecido el agua del Atlántico,
Ha despertado hasta al Celeste Imperio
De su hondo sueño de abyección y opio;
Y desde el corazón, frío y artero,
De las rocas británicas,

—De la Conquista sempiterna "mater,"—
Pretende ahogar al bélico bóero,
Al bóero inmortal, de ansias volcánicas,
Que acabará cuando el volcán no tenga
Base capaz de sostener su cráter!

¿No visteis sucumbir á los infieles
A la alta tradición de sus laureles?
Y vive aún, tras época ominosa,
La que fué un tiempo Ibérica famosa!

¿En dónde están Daoiz, Velarde, Riego,
Espartero y Serrano—
Caracteres de luz, almas de fuego?

Qué se hicieron las épicas jornadas
En que triunfó la espada por la idea?
—Cabezas, Dos de Mayo,
Valencia, Manzanares y Alcolea?

Ay! al valor, al sacrificio agosto,
A la ignorada abnegación heroica,
A la fe noble y al deber del justo,
Han sucedido: indiferencia estoica,
El placer muelle, la virtud dormida,
El femenil calor y el insaciable

Amor al yo... Imperator de la vida!
Supersticiosa grey: acaso esperas,
En la embriaguez que á tu conciencia sitia,
Al blando son del mandolín sonoro,
Que Apolo te hable, por la voz de Pithia,
En su trípode olímpica de oro?
¿Juzgas viento de fronda el arrebató
De igualatoria lid?... .

—Jónicas sienas
El patriotismo ungió!... Y audaz opuso
Contra el brazo opresor de Pisistrato
Su triunfadora rebelión Clistenes!
Mas sin brújula vas y sin objeto
¡Oh multitud raquítica, que Esparta
Hubiera despeñado del Taigeto!
¡Oh pueblo legendario de otra época,
Digna de la existencia y de la historia,
Digna del Sol y del laúd de Homero,
Cual la de aquel emperador guerrero,
Que hizo un astro inmortal de su existencia
Y paseó, en elíptica de gloria,
Desde Fenicia al caudaloso Ganges,
Victoriosas las armas y la ciencia!

IV

Y allá van, tras gigantes espejismos,
Individuos y pueblos, delirantes
Al choque de encontrados fanatismos!
Y los intransigentes de la vida
Son los mismos aún: los judaizantes
Que á los gracos vendieran al Senado;
Son los que—sin la máscara de Edipo—
En Queronea las frentes
Inclinaron rendidos á Filipo;
Arquitectos de sombras y ruinas
Que al mismo César sin rubor trajeran,
Ferozes Catilinas!
Los que—al concierto inmenso de los mudos—
Negaran á la ciencia en Galileo;
Los que, al concierto inmenso de los mundos,
De las transformaciones de Proteo—
A Sócrates brindaran la cicuta;
Los que engendraran, tras de lucha airada,
Cual sangrientos apóstoles de acero,
A Luzbel hecho hombre en Torquemada;
Y á Miguel, el arcángel miliciano,
Hecho verbo flamíjero en Lutero!
Y habrá de ser igual, el triunfo, acaso,
De Grecia ó Macedonia?
Si hondo aquilón la libertad conmueve,
¿Reinará igual en la inmortal Atenas
El verbo demostino que el aleve
Silencio de Filipo y sus cadenas?
A la faz de individuos y naciones,
¿Serán lo mismo César y Pompeyo?
¿Lucanos y Neronos?
Contra la misma máquina que ha sido
De redención y paz limpio venero,
¿No se levanta, en iracundia ciega,
Demoledora el hacha del obrero:
¿No—del Derecho en nombre—
A la vanguardia de la innoble brega,
Armado del puñal y el explosivo
El Anarquismo, negación de todo,
Al invocar la libertad sagrada,
Mancha la libertad de sangre y lodo?... .

V

Escuchad el clamor, hondo y profundo,
Que de las multitudes se levanta,
En guerra contra el cielo y contra el mundo!
Nadie la fé del porvenir saluda,
Es la tenaz desolación que canta
Las trágicas estrofas de la Duda!
Oid el eco del dolor humano:
—¿Cómo podrá fructificar en esa
Tierra, inundada para siempre, el germen?
La fecunda labor ¡ay! será en vano:
En esa tierra, en que los miasmas duermen,
Únicamente crecerán las flores
Blancas, pero letales del pantano!
“En el roído muro sólo arraiga
La triste, inútil yedra... .
En balde frotareis perpetuamente
La cristalina, pero falsa piedra,
Buscando en ella el prisma duradero
Que hace en el diamante verdadero
De un átomo de luz un ascua ardiente;
Aunque la falsa piedra también brilla,
Al soplo nada más de vuestra boca
Volverá á ser la miserable arcilla.
—Después del golpe del martillo, al fuego

Voraz y calcinante de la fragua,
Tornará el fierro á natural dureza;
De la cúspide altísima la roca,
No ha de brindar el agua;
Que si en la piedra de las cimas choca
El mazo, dirigido
Por vulcánico músculo que crispa
Los nervios del atleta jadeante,
En vez del agua brotará la chispa
Débil y pasajera de un instante!
—Inútilmente escalareis la sierra,
En pos de la riqueza codiciada,
Si no encontrais, al escabar la tierra,
En cuyo claustro maternal esconde
Naturaleza pródigo tesoro,
El ancha veta mineral, en donde
Cuaja sus granos vírgenes el oro
—“Qué importa que el alambre, por el viento,
Como aéreo pentágono, conduzca
Del uno al otro polo el pensamiento,
Si en su eléctrico soplo aún no lleva,
Al banquete de todas las naciones,
La palabra inmortal de “buena nueva?”
—“Qué importa que el audaz obrero rompa,
Oculto de la tierra en las entrañas,
Con un chispazo la gigante mole
Y en llanuras convierta las montañas,
Si no deja, siquiera,
Un átomo de luz tras su camino,
Ni un sólo pan á su afligida prole?”—

VI

Y ese trágico acento, esa blasfemia,
De una riiina intelectual, presagio,
Es la ruda amenaza de un naufragio
En que al deber el egoismo apremia... .
Invade la ignorancia la Academia,
Viven triunfantes la doblez y el agio,
Se impone aún sobre el saber la espada
Y, en vez de hosannas, místico sufragio
Brinda á la libertad, raza menguada!
Los bardos cantan al color que “se oye,”
A la música extraña que “se mira,”
A las tangibles dosis
De las risas “que gimen,”
Al amor sintomando la neurosis
Y á la neurosis engendrando el crimen!
No hay látigos que azoten mercaderes,
El templo es antro de sangrienta mofa
Y, al oficiar el sátiro manchado,
Ay!... no surge del templo profanado,
Candente estigma, la viril estrofa!
En medio de arraigadas tiranías,
Sólo se escudan hondas elegías:
Murió el numen de Píndaro y Tirteo!
Oid la misma voz, la que en obscuro
Calabozo arrancara á Galileo
El Miserere de la ciencia... . —“Abjuro!”

—“Abjuro de la sangre poderosa
Que nutre y fortalece mi organismo;
Del anhelo de acción, debilitado
En la pereza muelle en que me enhebro,
Víctima de mí mismo!
Del santo amor que la ventura labra;
De la chispa pensante del cerebro
Que constela su luz en la palabra;
De la conciencia, singular tributo
Que en la infinita creación pregona
La altitud de los hombres sobre el bruto!
—“Abjuro de la obscura ley divina
Y de la ley del hombre;
Abjuro de la ciencia y del progreso;
Del placer santo y del placer impuro;
Del mismo pensamiento que germina
De mi cabeza en el crisol... . —“Abjuro!...”

VII

¿Y esa es la HUMANIDAD?... .
—Jamás, mentira!
Esa es la voz de la ambición frustrada... .
No es la verdad que enseña,
Es la infernal, doliente carcajada
Del eterno Luzbel que se despeña!
En esta evolución, inextinguible,
Ardua labor del hombre
Que, aun moribundo, crea;
En la lucha temible
Del verbo y del saber con la ignorancia
De la fuerza brutal contra la idea;
Nada para la ciencia es imposible,

Cuando va con la ciencia la constancia!
Ayer la antigüedad y el floreciente
Renacimiento condensaban sólo
El progreso no más dentro de Europa;
Hoy, de la vida universal al beso,
Beben, de polo á polo,
Los pueblos todos en la misma copa
El raudal del progreso!

Ayer la producción tuvo su linde:
El brazo individual que desfallece;
Hoy, al rugir de las potentes máquinas,
La industria á las naciones abastece,
Y el mecánico esfuerzo ha transformado
Al fabricante, de hábitos exigüos,
En regio potentado
Que opacaría el fausto que ostentaban
Los magnates antiguos!

Ayer era la ciencia el privilegio,
El don de los talentos superiores,
La perla negra del collar egregio;
Hoy es la ciencia popular y rige
Súbditos y señores;
Vive en la tierra y en el mar airado,
Y entusiasmo su oráculo ó aflige
Al hombre y al Estado!

Ayer la antigüedad se levantaba
Sobre la adusta tradición y el hombre
Por conservar la tradición luchaba;
Hoy el anhelo inmenso de grandeza,
De bienestar social, mueve y mejora
El ansia de vivir, como la aurora
Feraz de los otoños.

Los árboles enclenques endereza
Y convierte en ramajes los retoños!
Y de la antigüedad—antes rehacia
A la escuela y al libre pensamiento—
La libertad individual emerge,
Y la igualdad política sanciona
El credo de la nueva Democracia!

¿Qué importa, pues, que la doliente noche
Extienda su sombría vestidura
Si, á los fulgores del naciente día,
La flor abriendo su pintado broche,
Perfumará más cándida y más pura?

¿Qué importa que los fuegos del este
Los esmaltados pétalos inmolen
Si, en las nítidas alas de la brisa,
Vuela, hasta otras praderas,
Lluvia de oro, el fecundante polen?

En el Orbe, de que es arcilla frágil
La que juzgamos Tierra poderosa,
Siempre ha triunfado el batallar criiento:
El grande, el apto, el poderoso, el ágil,
En fuerza, en voluntad, en pensamiento!

Peró la lucha es santa
Cuando redime al mundo;
¿La sangre, acaso, no es bautismo humano?
¿No hay llanto aun en las horas de contento?

VIII

El espíritu fuerte no desmaya
Ni habrá de sucumbir, mientras que haya
Un átomo de luz en la conciencia,
Una sola creencia;
Mientras, al eco santo de alegría
De un infantil y purpurino labio,
Una madre sonría:
Mientras—en la opulencia y en la inopia,—
No pueda una alma buena
Sentir completa la ventura propia
Cuando la nubla la desgracia agena!
Mientras los arquitectos de la nada
Acaudillen la turba ensangrentada,
Si al estallar el proyectil—que prenden
En su demencia de acabarlo todo,—
Sucumben los honrados en el puesto
Que otros grandes apóstoles defienden,
Intacto y puro sobre el mismo lodo!
Mientras contra el poder de altiva testa
Presenta la asombrada tiranía,
Una voz de condena ó rebeldía,
Un solo grito de viril protesta;
Y mientras pueda el hombre emancipado
Contraoponer, en el turbión airado,
Frente al que siega por destruir, el noble
Batallador, potente como el roble
Y humilde en el trabajo,
Que el surco abre y la semilla siembra,
La fe en el cielo y la mirada abajo!
Frente á la torpe hembra

La mujer inmortal cuya ternura
Los horizontes de la vida enciende;
Frente á la que se vende
Y, cual reptil, engañadora esconde
El veneno que inyecta,
La madre, nido de virtud en donde
Dios la bondad universal proyecta!

Frente á Napoleón, atando pueblos,
Coronados de lauros y de espinas,
La abnegación del moscovita heróico,
La gran Moscú, la capital ardiente,
Transformada en ruinas!

Frente á Marengo y Austerlitz y Jena,
De Waterloo la rota, y el monólogo
De un cadáver viviente en Santa Elena!
Hidalgo, el noble corazón sencillo,
Por redimir al indio, hecho Caudillo;
Y Washington, creando las serenas
Libertades de un pueblo prodigioso,
Al romper las británicas cadenas
Que ataban al coloso!

Frente á la vieja Roma del Papado,
Y de la libertad oprobio y muerte,
Garibaldi inmortal, genio y soldado,
Italia unida, libertada y fuerte!

Frente á la hambrienta furia musulman
El valor que el peligro menosprecia:
Grecia enseñando á la familia humana,
Byron muriendo por la fe de Grecia!

Frente á las hordas del Imperio Chino,
Históricas de opio y de vagancia,
Las justas del saber y de la industria,
La universal Exposición de Francia!

Frente de la comuna—ese cometa
De cauda tormentosa,—
La cívica República, la hermosa
República de Thiers y de Gambetta!

Frente al Reino de bélicos instintos,
—Más sagaz y maligno que guerrero—
Los campamentos, de escarlata tintos,
Que con su vida defendió el bóero!

Frente al antiguo suelo mexicano,
Eslabón de la ibera aristocracia,
Guarida de famélica teocracia,
Núcleo de fraticidios y rencores:
El viviente clamor, inolvidable,
De la humilde Camapana de Dolores;
La Libertad que todo lo transforma;
Juárez dictando, en Sinaí glorioso,
Las Tablas de la Ley de la Reforma;
Y el toque de “¡Adelante!”
De aquel mismo inmortal clarín de guerra,
—Heraldo del derecho y la victoria:—
La voz de paz, el génesis de gloria
Que dió á la patria santas energías:
La obra inmensa de Porfirio Díaz
Que, con el Siglo, cantará la Historia!

Frente á la ciega multitud ignara,
Pasteur rasgando los ignotos velos
Del cosmos invisible, con avara
Ansia de bien y de saber; la ingente
Labor de Humboldt y Littré... y el genio
Del gran Lesseps, merecedor de altares,
Aun más que el de Moisés brazo potente,
Hundiendo tierras y estrechando mares!
Los modernos Colonos del planeta,
Sin miedo al mar ni al iracundo Eolo:
Vanguardia del humano pensamiento,
Cuyo inmortal y digno monumento
Son las blancas pirámides del Polo!

Como el bramar del huracán—vestiglo
Que no ha de domeñar terráqueo yugo—
Eco infinito del dolor de un Siglo:
La voz de Victor Hugo!

Y de Fouriér y Saint Simón delante:
Frente á la voz del Karl Marx, temida,
La creación magnífica, radiante,
Derramando calor y luz y vida,
—Del infinito incognoscible al beso;—
La universal fraternidad del justo,
Augusto Comte y su apotegma augusto:

AMOR, ORDEN, PROGRESO!

IX

Tú—“esclavo redimido”—que sentías
El látigo azotando tus espaldas,
Y de tus propios hijos,
Pedazos de tu ser, no disponías;
Inclínate rendido ante la tumba

Del Siglo del Progreso,
Del siglo que de Lincoln escuchara
El “levántate y anda” del opreso;

—Tú—“enfermo” vacilante—que llevabas
El incurable mal en tu organismo
Y, sin la Fé de Job, sólo alentabas
Repulsión y piedad para tí mismo;
Alza la frente al cielo,
Ya no tendrás miserias en tu duelo
Ni será tu destino la miseria:
Bendice á Lister, de la ciencia orgullo,
Lincoln—libertador de la materia!

—Tú—“obrero” de las sombras que pasaste
Tu juventud en honda catacumba
Y, al són del mismo golpe, noche y día,
Debajo de la tierra te incrustaste
Como en tu propia tumba;
Oye el rugir inmenso
Del vapor que la máquina conmueve,
Para exhumar á tí: quema tu incienso
En el ara del Siglo Diez y Nueve!

Tú—“proscrito” anhelante—que veniste
En pos de abrigo desde extrañas tierras,
O de tu patria perseguido, huíste:
Tú que has dejado allá... tu pensamiento,
Los buenos séres de tu hogar bendito:
Aclama el soplo eléctrico que puede
Llevarles, nada más, siquiera un grito,
Una sola palabra de ternura
Del alma del proscrito!

Tú—“mancebo” robusto—
Que huyes de la pobreza
Y te espantas del tiempo y la distancia
Y que, no obstante, alientas ambiciones
De poder y de grandeza;
Armame de valor y de constancia,
Imita los gigantes caracteres,
Escala, con tesón, las altitudes;
Mira cuantas columnas de millones
Se pueden levantar con “alfileres,”
A la sombra nomás de las virtudes!

Tú—“nación” mutilada—que en el juego
Voluble o engañoso de la guerra,
Fuiste presa abatida del más fuerte
Y perdiste, al empuje de la suerte,
Con un noble puñado de tus hijos,
Algún girón querido de tu tierra;
Apláude las triunfales rebeliones
En que los pueblos mártires recobran
Su libertad—perdida en la Conquista—
Al mismo ronco són de los cañones!

Tú—indiana “tribu”—que en la sierra abrupta
Tus tradiciones seculares guardas
Y vives en tus viejas tradiciones,
Como una momia, seca é incorrupta,
Del tiempo de los grandes Faraones;
Tú que has mirado el polvo de los siglos
Enterrar tus graníticas deidades
Y sobre los palacios de tu raza
Crecer, con otra raza, otras ciudades,
Que acaso el pervenir también derrumbe.
Los pocos de los tuyos que vinieron,
Tus lineamientos y tu fé perdieron:
No los esperes más... ¡ven ó sucumbel!

Vosotros—¡Oh “Monarcas y Señores!”
—Magnánimos, idiotas ú opresores—
Que habláis de la justicia y del civismo;
Los que usáis, sin medida de un “derecho”
Que os diera el mismo Dios ó el Dios del “Hecho,”
(Que para herir derechos es lo mismo);
Vosotros, de la estirpe de tiranos,
Que perpetuáis la ineptitud ó el crimen
Y no pensáis que son vuestros hermanos
Los que vuestras ergástulas oprimen:
Los que del pueblo manejaís la suerte
Vinculada á la vuestra; y en el puesto
Real les imponéis á vuestros vástagos,
Aunque ellos traigan-grey que se desquicia—
La herencia de los vicios ó el incesto,
Hecha pavor, demencia ó estulticia!
Si creis en el credo del sencillo
Filósofo errabundo de Judea:

¿Porqué reináis á pólvora y cuchillo,
Mataís la libertad y ahogáis la idea!
Si creis en el credo de los hombres,
Y teméis las vorágines del odio,
¿Porqué no recordáis á Hiparco y César,
La fé de Bruto y el puñal de Harmodio?
Y tú—manso “león”—cordero níveo,
Que trasciendes á esencia de los cielos,

Y llevas en tu frente de alabastro
El astro de la “Fé” que ahuyenta duelos
Y del amor universal el astro:
Tu que puedes curar las amarguras
Y de bálsamo untar los corazones
Y derramar la pena ó las venturas
Con tu estigma ó tus altas bendiciones:
Tú, que—como ninguno
De los cimientos de tu Iglesia—has visto
En tus débiles hombros,
Tambalear la religión del Cristo.
Hundirse el mundo antiguo y levantarse
Otro mundo inmortal en sus escambros;
Tú has sido campeón leal y bueno,
Pensador, diplomático y artífice:
El siglo navegaba en mar airado,
Tú has ido con el Siglo y has salvado
El legado de Pedro!

¡Oh gran Pantífice!

Alza tu mano de marfil, cual lirio
Pálido y puro; y concendiendo gracia
A réprobos y ateos y creyentes,
Unge—con la bendita Democracia—
Las almas y las frentes!

X

¿Ha muerto el Ideal?

—Jamás, Mentira!

Hoy es el Ideal aun más potente,
Pero no va—como antes—
Soñador y risible “Don Quijote,”
La lanza en ristre, el rocinante al trote,
Enderezando entuetos, cual le pinta
En su obra simbólica Cervantes;
Ya no es el “Don Juan” de la Comedia,
—De la virtud escarnio y carcajada—
Que lleva en el acero para cada
Aventura de amor, una tragedia;
Ya no es la ilusión que nos abisma:
Anhelo de los sueños intangibles,
Del cielo azul, del irisado prisma
Y las aspiraciones imposibles.

En este Siglo—lírico y guerrero—
El Ideal es la “verdad” soñada
En lo “bello,” lo “bueno” y “verdadero.”
¡Y bien caído el que, al luchar, se abate!
Que son—como cantara el valeroso
Poeta de los “Gritos del Combate,”
Con su marcial acento de Coloso
y su lira inmortal que centellea—:
“Trueno y rayo la voz, el arte ariete,”
“La Ciencia espada, tempestad la idea!”

¡Oh esclavo redimido, enfermo sano,
Obrero libre, soñador sereno,
Mutilada nación, nobles monarcas,
Y espiritual “león,” hábil y bueno;
Grandes y miserables de la tierra,
Con la esperanza y el dolor en guerra;
¡Oh humanidad que, en Siglo gigantesco,
Entre la dicha y la desgracia, giras
En un eterno círculo dantesco!
Volved la vista atrás, en donde bebe
Raudal inmenso de consuelo el hombre,
Al ver que ha ido por distinta y grande
Era mejor el Siglo Diez y Nueve!
La duda mata, más la fé levanta:
¿Qué es el valor sino el dominio augusto
Sobre el temor innato á lo que espanta!
¿Qué es la felicidad sino la santa
Resignación del justo?

Y si escucháis aún á Galileo,
Exánime y doliente, en el obscuro
Calabozo infernal clamando:

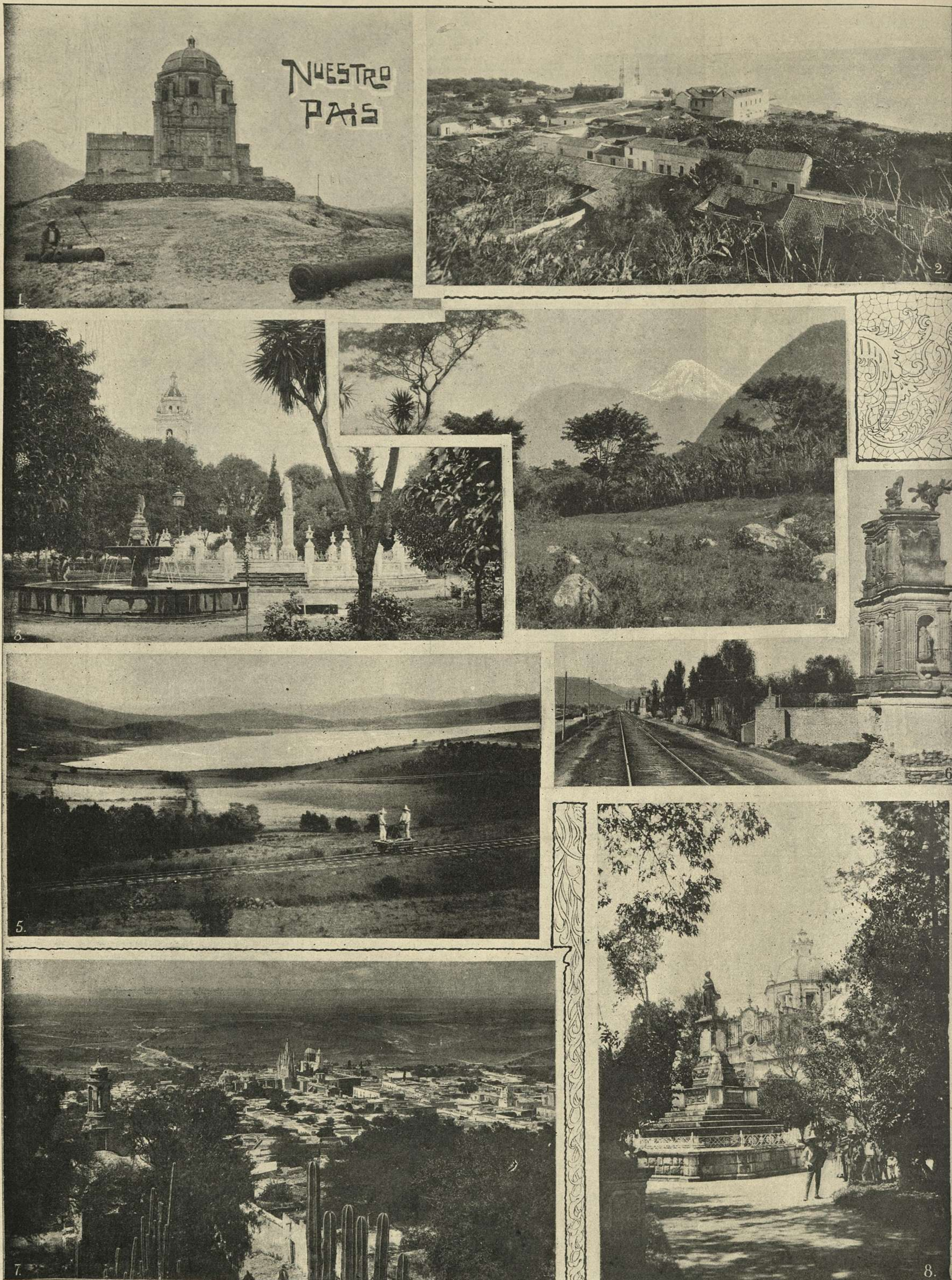
—“Abjuro!”

Haced que su palabra—como Anteo—
De su mortal caída
Se levante, en reacción omnipotente,
Transfigurada en cláusula de vida.
Y al inmenso concierto de los mundos,
—Que no habrá fuerza ni poder que innove—
Clamad, cual Galileo en su conciencia,
Con la fé universal:

¡E PUR SI MOUVE!

Miguel Bolaños Cacho.

Chihuahua, Diciembre de 1900.



1.—Iglesia más antigua de Monterrey. 2.—Lago de Chapala. 3.—Plaza de Cholula. 4.—El "Pico de Orizaba" visto desde Rincón Grande.
 5.—Lago de Pátzcuaro. 6.—La Calzada de Guadalupe. 7.—Panorama de San Miguel Allende. 8.—Centro de la Plaza de Morelia.

EN HONOR DE LOS SABIOS DEL SIGLO XIX.

Las agrupaciones "Sociedad Mexicana para el cultivo de las Ciencias" y "Sociedad Alejandro Volta," celebraron el 23 del actual en la Sala Wagner, una sesión solemne en honor de los sabios de este siglo.



Volta.

Después de oír la opinión de las respetables academias científicas de la capital, acerca de quiénes han sido los hombres más notables del siglo XIX, se encargó á la señorita Raquel Sánchez Suárez, Secretaria de la primera asociación mencionada, que hiciera un estudio de los hombres que más se distinguieron en los distintos ramos de la activi-



Profesor W. C. Roentgen.

dad humana. La señorita Sánchez, cumplió muy bien su cometido y leyó un discurso que le valió entusiastas aplausos.

A las diez en punto de la mañana, dió principio el acto, ante numerosa y distinguida concurrencia.

Además del discurso de la señorita Sánchez,



Berthelot.



Morse.

tomaron la palabra la señorita Guadalupe Rodríguez, quien se refirió á los trabajos de Pasteur y Lister, mencionando también á Koch, Virchow y Roux, que son acreedores á la gratitud de la humanidad.

La señorita Dolores González García, habló de los viajeros y exploradores, citando en primera línea á Livingstone, Stanley, Nansen, y no olvidándose de Andrée, que habiendo salido de Noruega en 1896, no e ha vuelto á saber de él.

La inteligente señorita María Luisa Domín-

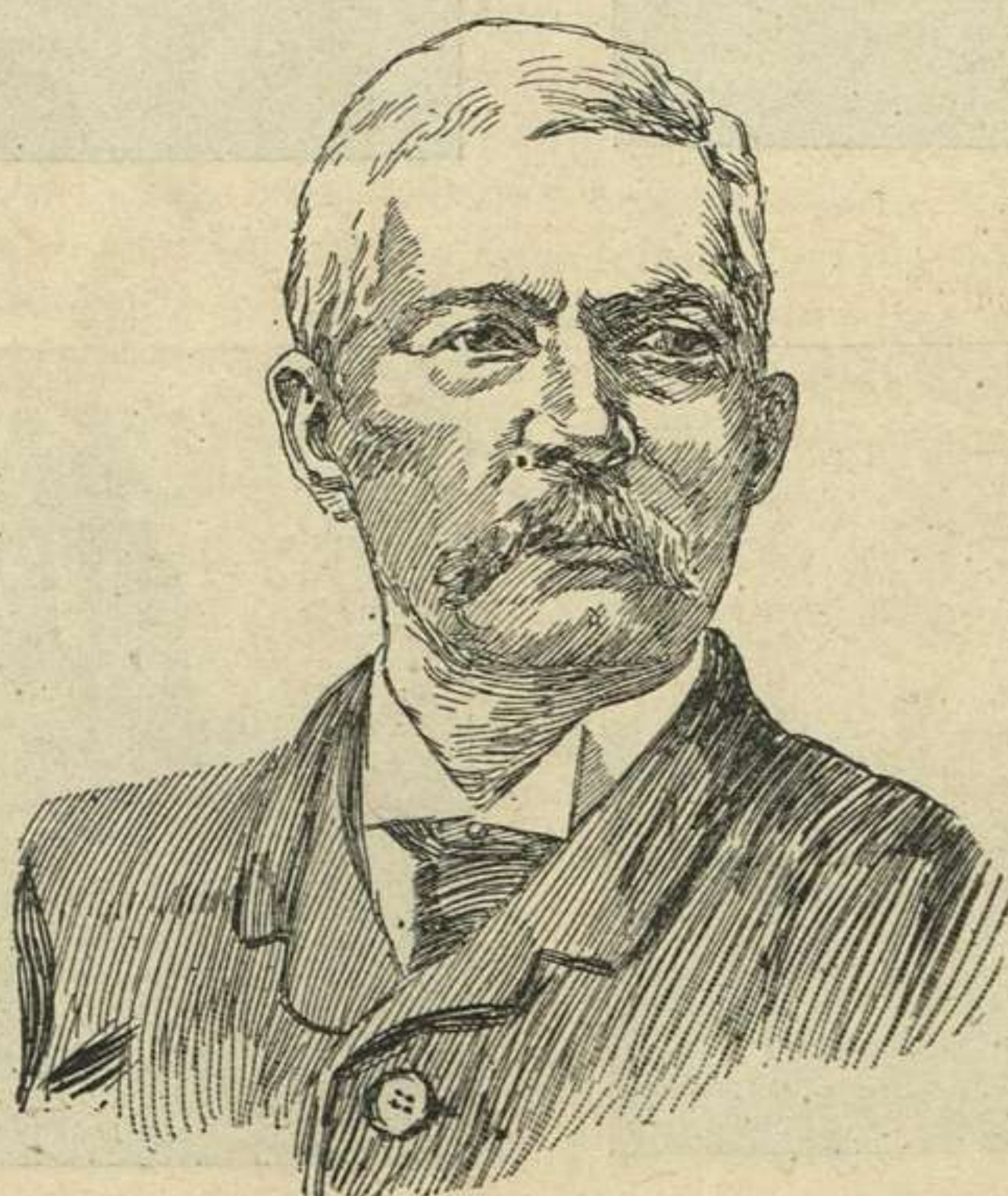


Andres Ampere.

guez, ocupó la tribuna para hablar de las grandes obras de ingeniería, realizadas en el siglo;

Muy interesante fué el trabajo de la señorita Raquel Oropeza, quien habló de los grandes gobernantes, citando á Luis Felipe, Rey de los franceses; Leopoldo I, Rey de los Belgas; Humberto I de Italia; Don Benito Juárez y Don Porfirio Díaz.

La señorita Josefina Ramos, leyó una memoria, relativa á los astrónomos, químicos y naturalistas,



Stanley

mencionando los admirables trabajos de Le Verrier, Berthelot y Darwin.

Por último, el Profesor Don Luis G. León, ocupó la tribuna para referirse á los trabajos de los



Nausen.

grandes físicos: Volta inventando su pila, Oersted, Ampere, Arago y Faraday, poniendo las bases para el electro-magnetismo, tan fecundo en descubrimientos notables; Morse con su telégrafo; Daguerre y Niapce creando la fotografía; Cailliet licuando todos los gases; Bell y su teléfono;

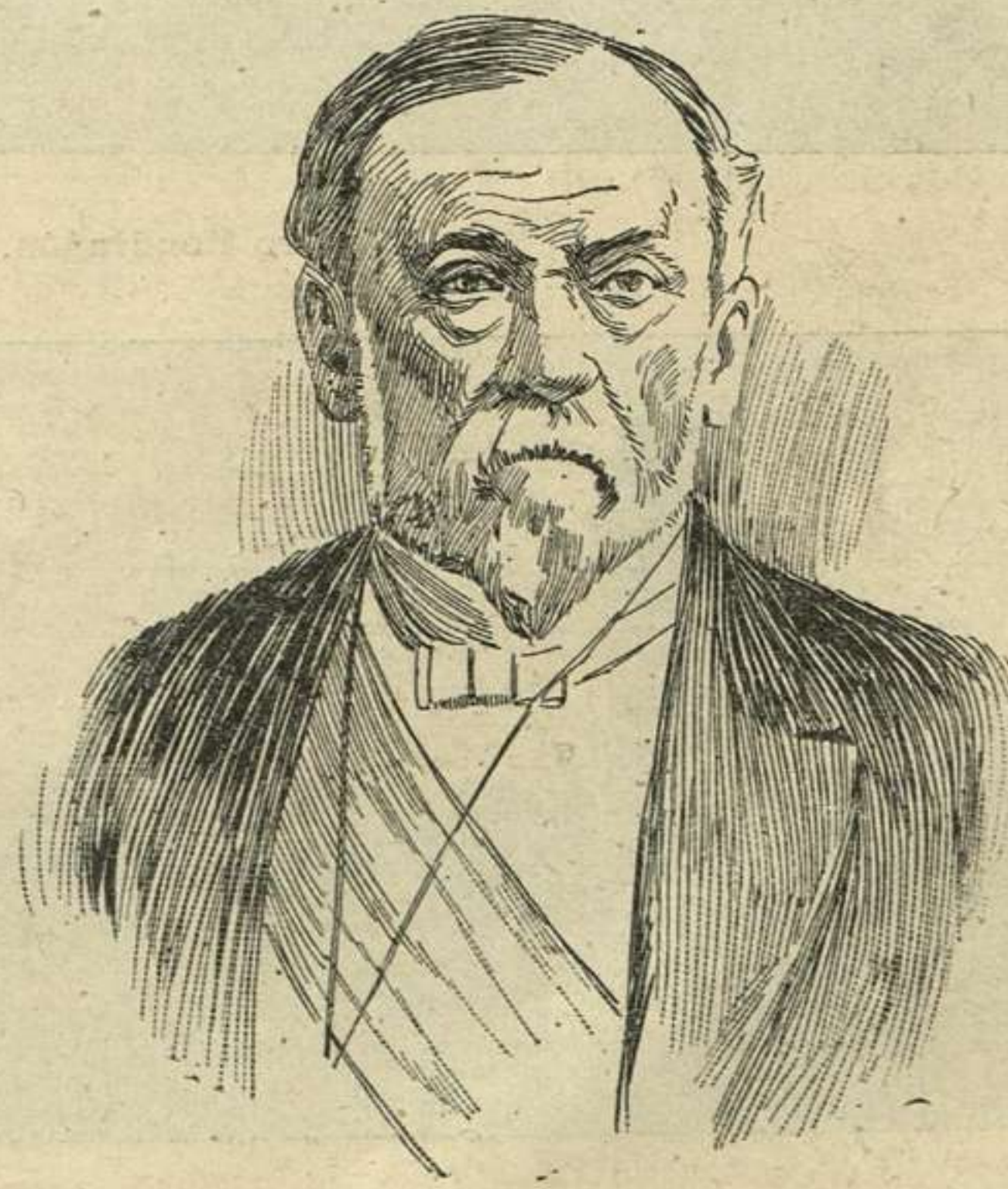


Humboldt.

Edison y su fonógrafo; Hertz, descubriendo sus ondas maravillosas; el Doctor Roentgen admirando al mundo con sus famosos Rayos X, y Marconi, inventando la Telegrafía sin alambres.

La sesión resultó del mayor interés, pues fué una síntesis completa de lo más notable ocurrido en el presente siglo.

En nuestros grabados publicamos hoy los retratos de los más ilustres sabios, á quienes se honró en la sesión referida.



Pasteur.

Á LAS PUERTAS.

Poco tiempo antes del triunfo del Cristianismo, cundía misteriosa voz por el mar Egeo diciendo: Ha muerto el gran Pan.—Michelet.

El siglo XIX fué bautizado con gotas de sangre y descendiendo á la fosa envuelto en un sudario tachonado de manchas rojas. Ha habido quince millones de hombres fuera de la vida, pero aún el siniestro caballero que guía al escuadrón apocalíptico, sigue agitando su estandarte negro. Y he aquí que repentinamente el espíritu humano hace un alto para contemplar el nuevo camino que á su paso se abre.—¿A dónde lo conduce la flameante vía? ¿Va al Tabor ó al Calvario? Y un soplo consolador viene á orear, como su "lied" de Bécquer, los campos sembrados de cadáveres: es la luz de un Ideal triunfante que incendia esta pálida alborada, la luz de la Ciencia que traza su signo de redención en el alma de una humanidad inquieta y vacilante.

La Edad Media desesperó y tuvo miedo: la muerte se cernía sobre un naufragio de almas; el arte es entonces una pesadilla trágica, que tortura á los creadores: yo he visto en un museo italiano, una crucifixión que causa espanto; el Cristo, la Madre, la Naturaleza misma, son presas de una convulsión terrible: á las puertas de los monasterios se agolpaba una multitud aterrorizada; la "danza de la muerte," el castigo impuesto por Dios á los pecadores, agitaba campos y poblaciones: la terrible profecía iba á cumplirse: el fin del mundo iba á libertar de dolores, de miserias, de angustias, de visiones al mísero rebaño humano. Y la hostia se elevaba en lo interior de las catedrales abiertas día y noche á la contrición general: ¡Misericordia, Señor; Misericordia!

Sobre el fondo profundamente negro de esta noche sombría, había de cruzar la chispa carmesí de un incendio: la humanidad, después de sentir miedo, sentía cólera, si antes se arrodillaba y oraba, ahora se ponía en pie y amenazaba, la mano que elevaba el crucifijo, esgrimía el puñal; y un torrente de sangre se precipitó locamente, amenazando inundarlo todo.—Cuando el siglo XIX iluminó con sus resplandores esta etapa, una nueva vida parecía haberse inaugurado, y un sentimiento de amor animar todos los corazones. Hasta sobre los frontones de las iglesias góticas se habían impreso las tres palabras sacramentales, que iban á cambiar los espíritus y á convertir en ángeles á los hombres: ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad! Trinidad ideal á la que la ciencia ha arrojado tres palabras aceradas: Ley de herencia supervivencia de los más aptos, Lucha por la existencia. Y ante la aterradora revelación, los mismos espíritus que ahora se habían agolpado á las puertas de los laboratorios, de los talleres, de las bibliotecas—en donde quiera que hace su ora-

ción el trabajo—como antes se agolparon á las puertas de las catedrales, quedaron también aterrorizados y se acusó á la ciencia de impostora y se trató de crucificarla como antaño, al que había proclamado la verdad á los oídos atónitos de las multitudes.

Y surgió otra vez nueva protesta, y la lira brilló nuevamente en las miradas y los brazos se agitaron y las bocas contraídas formularon el nuevo evangelio de la muerte: Ya que el dolor, la miseria, la angustia, son inevitables compañeros de la vida humana, hagamos añicos esta vida ahogamos todo germen, extirpemos todo aliento; el sepulcro es la felicidad, la nada, la solución de todos los problemas, "anarkos!" Y la chispa fué pronto incendio, y el asesinato fué alzado sobre el trípode de una doctrina, como inevitable consecuencia de una Fe á la inversa.—¿Así, pues, todo ha concluído.—El Progreso, la Esperanza, la Justicia, palabras vanas en el fatal desenvolvimiento de la humanidad, en su carrera ciega á través del tiempo?

No, mientras el Mal lucha tenazmente, el Bien trabaja por remediarlo, y sobre cada herida la gran columnada, la Ciencia, derrama su consolador bálsamo. Para ella, el siglo XX es un bienvenido; para ella, los horizontes se dilatan y los espacios se iluminan; para ella, la humanidad no es la irredenta condenada á arrastrar pesada cadena de esclava; para ella, el hombre será libre, libre, no del dolor, no del sufrimiento; que son inherentes á la vida, que, libre de las fuerzas que parecían tenerle siempre atado, libre del yugo del medio, de las inflexibles leyes de la naturaleza, libre, no con la libertad retórica de una palabra escrita ni con el alarido terrible de un vociferador armado, sino con la libertad serena y tranquila de una labor lenta, persistente, aglomerada, que va amontonando materiales para el bienestar de la especie. Y esta es la tarea que se impone el nuevo siglo.

¿Problemas? Sí, muy hondos y muy trascendentes; problemas sociales, que son los que apasionan, los que conmueven, los que agitan á todas las actividades: el problema de la población, el problema obrero; el problema de los productos á bajo precio, facilidades de persistencia en la vida, de desarrollo en las energías, de disciplina en el esfuerzo; el gran problema de la educación, ya que todavía la lámpara de la escuela tiene "una boca que sopla," y el problema del Derecho, que todavía tiene una sombra errante sin patria en el conmovido territorio del viejo mundo.—Y el siglo XX posee abundantes materiales; elementos bastantes para acudir á la gran obra. Lega esta agitada centuria abundante cosecha de simiente sana, á cambio de algunos granos malos: las futuras floraciones ¿arrojarán aún rosas negras?

Y ¡á la tarea! Que no deserte ni un solo soldado del campo de batalla, que no se ahorre un sólo esfuerzo en el taller, que se economice un átomo de energía, que realice cada hombre su función imperecedera, dentro de esa estrecha solidaridad que une á todos los gérmenes de la creación y que liga la nebulosa y la oruga. Sobre la cubierta del incansable "steamer" resuena la voz de aliento, la que vigoriza y tonifica. El Progreso espera que cada hombre cumpla con su deber.

Carlos Diaz Dufo.

PRIMERA COMUNION.

A las niñas Lola Echenique y Luz López

La pequeña capilla resplandeciente como un ascua de oro, en los muros; guirnalda de gardenias esparciendo su aliento desmayado, arriba el órgano desgranándose en tropel de notas sonoras, el altar perdido en brumas de incienso, y en aquel fondo la nota tierna de las dos almitas alzando su plegaria al cielo.

Sueños blancos, buenos sueños de la edad de la inocencia que caen sobre el espíritu como un rocío bendito, cruzan con ala de ángel la diáfana claridad de la mañana.

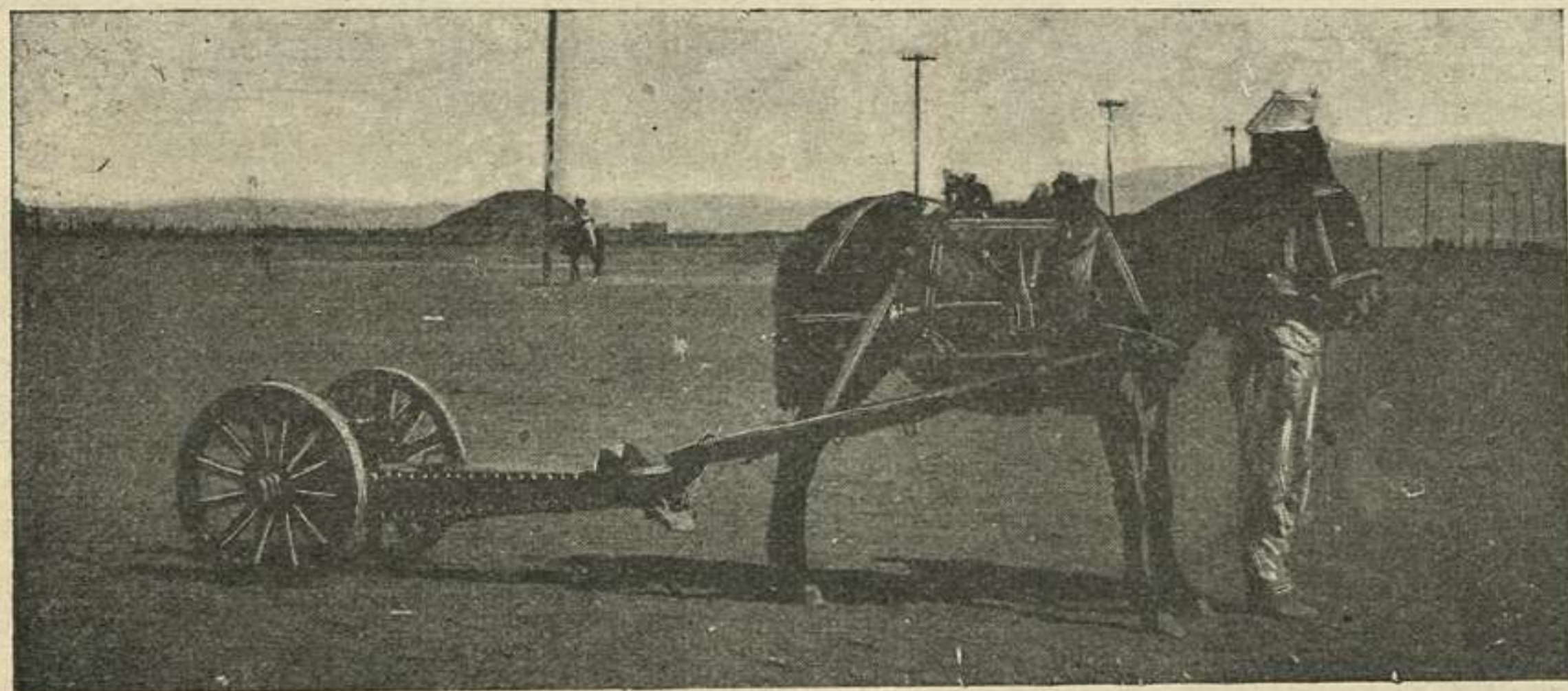
Las dos niñas han salido de la casa muy tempranito, llevan en sus labios y en sus frentes las huellas frescas de los besos maternos, se han puesto su vestido blanco y se han prendido el ligero velo. Y ahora se acercan al altar, llevando á Dios su ofrenda, su alma blanca como su vestido, su primer día de vida que se abre como un lirio en el vaso de la Fe.

¡Vestidos blancos! símbolo de la inocencia, manto de sueños castos, que llevas en tus pliegues caricias y lágrimas, bien brillaste aquella mañana en la pequeña capilla resplandeciente como un ascua. Fuiste amor, fuiste esperanza, fuiste nido de promesas y reguero luminoso que une con Dios las almas de las madres.

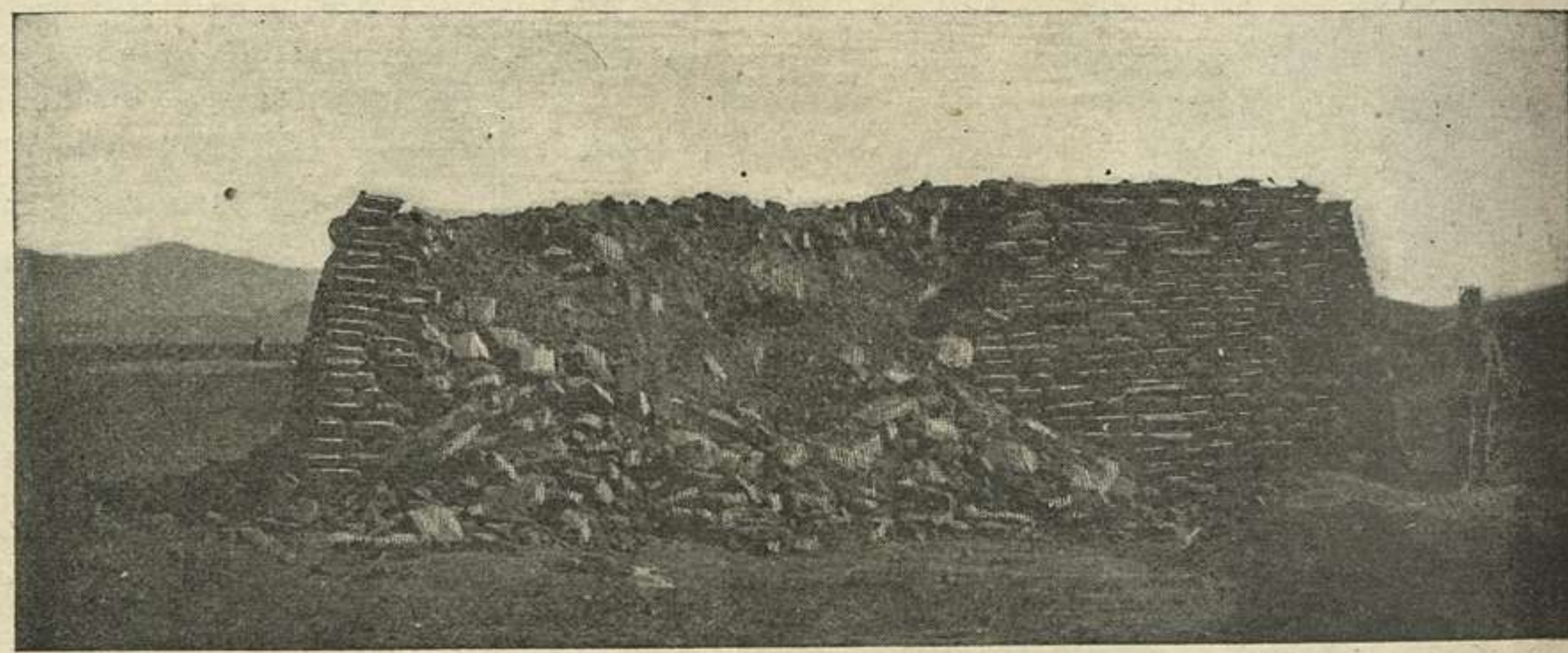
Y un anhelo infinito se apodera del espíritu, un deseo de que aquella blancura no sea nunca manchada con las salpicaduras del camino: que sea siempre blanca vuestra vida, como vuestro vestido, como vuestros sueños.

LA CARBAZOLITA.

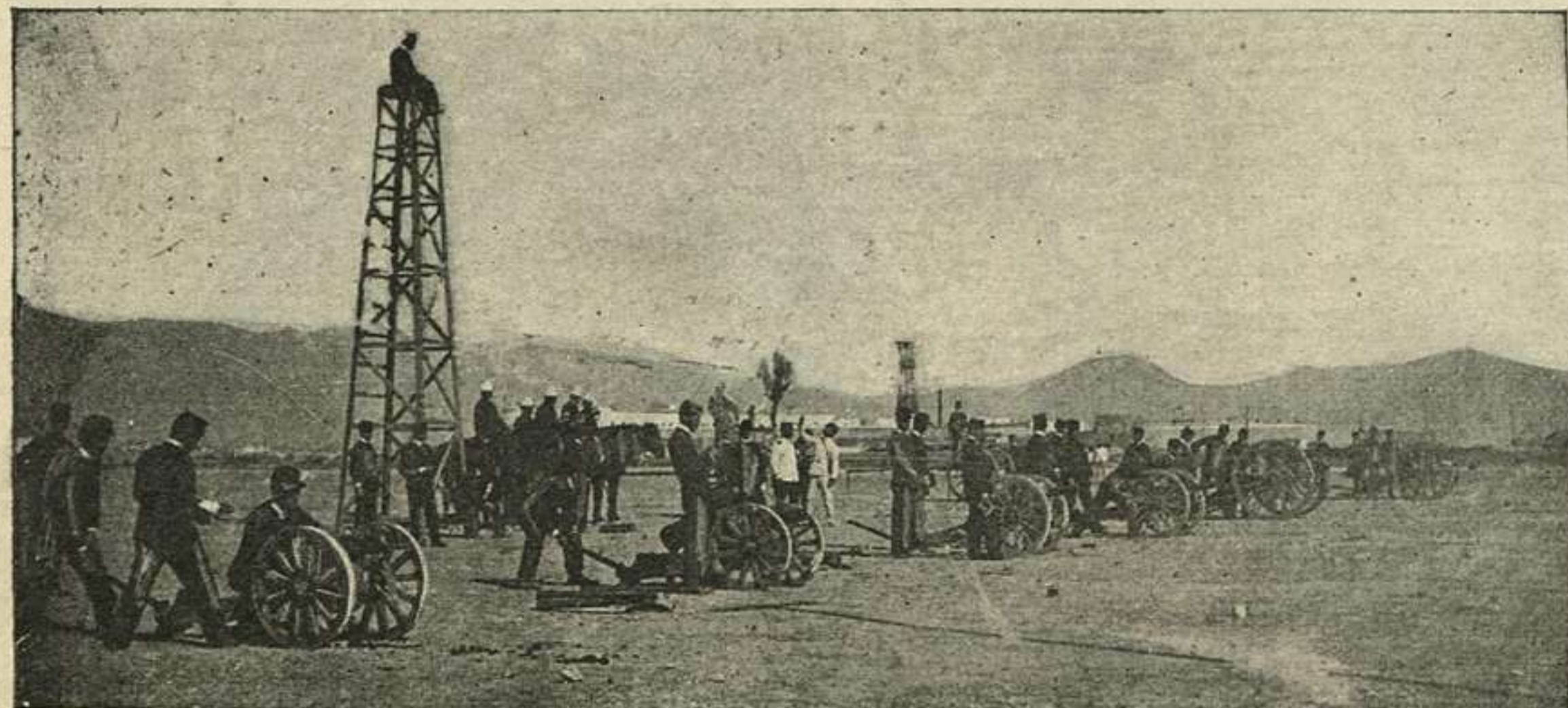
Las pruebas prácticas que anualmente rinden los alumnos del Colegio Militar que estudian artillería, se hicieron en estos días, con un nuevo explosivo que se llama "carbazolita" y cuya fuerza destructora es diez veces mayor que la de la dinamita. Nuestros grabados representan los detalles de estas pruebas que tuvieron éxito completo.



Mortero Mondragón.



El espaldón destruido con la "Carbazolita"



Práctica con cañones Mondragón y Bange.



Grupo de alumnos después de las pruebas.



El Calendario DE LA GLORIA

El viejo Tiempo extendió su anchas alas, apoyó los brazos sobre la fuerte guadaña y me dijo tranquilamente:

—Esas olas de la eternidad que llamáis años, caen, cual estruendosa catarata, de una ánfora celeste, tachonada de brillantes estrellas, que abarca en sí los ámbitos del firmamento. En su fondo se destaca, con cegadora luz, la antorcha benéfica y radiante que da la animación y el gozo á la naturaleza y que llamáis el Sol.

Esa catarata trae, con su impulso irresistible, á la tierra, todo el vigor de los seres, y con sus iris tornasolados, los gratos cellajes de la esperanza, que embelesan al hombre; pero ¡ay! con su empuje colosal todo lo arrastra consigo: lo mismo la materia que el espíritu, lo mismo el hombre que sus obras, lo mismo la iniquidad y la justicia que las aclamaciones de la gloria.

Todo rueda con sus olas tumultuosas á un abismo insondable y allí se deshace velozmente; sus elementos se disgregan y evaporan ante un soplo irresistible y eterno; pero esos elementos vuelven otra vez á condensarse en la altura para engrosar de nuevo el torrente de los años en su catarata de origen. Por eso el ancha ánfora celeste nunca se agota; por eso la larga sucesión de los siglos será perpetuamente renovada. ¿Quién niega que es el grande, el soberano Espíritu-Dios, el que sostiene esa obra inmensa en el inconmensurable espacio de la eternidad?

Pues envueltos en esa catarata irresistible, en el empuje de esas olas luminosas cuyas crestas, coronadas de espuma, surca graciosamente en el bajel de los sueños nuestra amada Esperanza, vienen, estación por estación, mes por mes, día por día, hora por hora, los sufrimientos y las amarguras, las satisfacciones y los triunfos de los elegidos por la Fama.

Yo vuelo al vaivén de esas olas, tengo en mí la voz de la experiencia y como todo lo conozco, voy á revelar al mundo las etapas del espíritu en el calendario de la Gloria.

El viejo Tiempo recogió las alas, extendió la diestra y evocó al Pasado, su hijo predilecto.

El Pasado ocurrió prontamente al conjuro, y por sobre la rugiente catarata de los años levantó así como una nube de ceniza y humo. En tanto, las estrellas del cielo, como si una mano invisible las reuniera, se acercaban y unían entre sí con sus rayos luminosos y formaban en el espacio estos tres nombres: “enero, febrero, marzo.”

Los átomos de ceniza y las espirales de humo, como si un soplo avasallador los juntase, fueron condensándose y condensándose cada vez más hasta tomar la forma característica de personajes históricos; y tal como aparecen, por arte de magia, en el escenario del teatro los personajes maravillosos, así aparecieron también en el escenario de la eternidad, las figuras de un guerrero, de un poeta y de un sabio.

Los tres personajes se debatían en la obscuridad, pues aún no había un sol que alumbrase sus nombres. Perdidos entre las sombras de la indiferencia glacial, de esa que hiela el alma antes que el cuerpo, se agitaban afanosamente, como poseídos de un vértigo, de una locura. ¿Qué busca-

ban, el uno con una espada ansiosa de pelear; el otro con una lira, presta á verter en los oídos de la humanidad sus armoniosos sonos, y el otro, en fin, aprisionando los elementos de la naturaleza en la estrecha cárcel de una retorta, para investigar profundamente el corazón rebosante de vida y de sus eternos prisioneros? ¡Ay, lo que buscaban con tanto afán era la conquista de una imagen resplandeciente, semejante en la presencia á una diosa, que pasaba con la rapidez del relámpago delante de ellos, cual una visión de los sueños, en el carro triunfante de la Gloria!

Derrepente empezaron á disiparse las espesas tinieblas, y rosadas y halagadoras tintas á teñir el horizonte. El frío glacial se fué transformando en tibios efluvios de primavera y los luceros crepusculares, con su pálida, pero poética luz, cual si obedeciesen al reclamo de la atracción universal, se acercaron hasta tocarse y formaron, entre sí, estos tres nombres: “abril, mayo, junio.” ¡Ah, cómo el escenario se engalanaba! Las flores y las luces lo llenaban todo. Entonces fué cuando apareció en la navecilla de los sueños la graciosa Esperanza, y al surcar tranquilamente por sobre las revueltas olas de los años, arrojó un cable, de los que elevan al hombre hacia la altura, á cada uno de aquellos tres naufragos de la ambición humana que se debatían en la obscuridad. El uno lo ató á su espada, el otro á su lira, y el otro á su hirviente retorta. Entonces fué cuando pasó de nuevo, en su carro triunfal, la esplendente Gloria, y les dijo con voz sonora: “¡Adelante! seguid y triunfaréis. Tú conquistarás naciones y serás emperador. La historia se llamará Napoleón el Grande.

“Tú serás el ídolo de un siglo y la Fama te aclamará con el nombre de Lord Byron.

“Y tú harás un descubrimiento que asombrará á la humanidad, y la humanidad te llamará el gran Lavoisier.”

En seguida, rápidamente con una explosión de calor y luz, apareció el sol, llenando con sus rayos la creación entera, y con los colores del iris aparecieron en el espacio estos tres nombres: “julio, agosto, septiembre.”

El guerrero subía ahora por una escala dorada hasta el último peldaño de la ambición humana; el poeta llenaba ya con sus cantos los ámbitos del mundo, y el sabio había descubierto ya, con su pequeña retorta, el gran secreto de la vida universal.

La Gloria volvió á pasar de nuevo y ciñó en la frente de Napoleón una corona imperial, en la inspirada cabeza de Lord Byron una corona de laurel, y en la del infatigable Lavoisier, la de fuertes ramas de la verde encina.

En tanto un clamoreo colosal y un aplauso que resonaba en todo el mundo aclamaban el triunfo del sabio, del poeta y del guerrero. Y por todas partes se oía: ¡Gloria al genio!

¡Ay! el escenario se deshizo; las flores y las luces desaparecieron; la tormenta sucedió á la calma y las olas de los años mugían ensordecedoras. ¡Qué triste aparecía entonces todo! Al brillo de los relámpagos, entre los negros nubarrones, como si estuvieran formados por vanas luces de fuego fátuo, aparecieron estos nombres: “octubre, noviembre, diciembre.”

Todo se iba envolviendo como en un inmenso sudario. La Gloria apareció de nuevo, pero en su carro triunfal sólo llevaba coronas de siemprevivas.

El guerrero, el emperador, el conquistador de extensas naciones, caía exánime en un palmo de tierra prestada por sus enemigos; el poeta, el ídolo de un siglo, caía exánime emponzoñado por los efluvios en un pantano, en lejana región, arrojado cruelmente de su patria; y el sabio subía penosamente los peldaños de la guillotina, donde, al golpe de la cuchilla, caía, para siempre, su cabeza. Por todas partes resonaba, entonces, este grito fatídico: “La humanidad no quiere conquistadores; la humanidad no quiere poetas; la humanidad no quiere sabios.”

¡Ay! el escenario se deshizo otra vez, y sólo quedó visible el Tiempo, con sus anchas alas extendidas y sus fuertes brazos apoyados sobre la guadaña. A su lado, del ancha ánfora celeste se despeñaban las olas de los años, y yo sentí entonces que, arrastrado por ellas, caía, también, puesta la vista en la esplendente imagen de la Gloria, en el abismo insondable de la Muerte y el Olvido.

Francisco Cobos.

LA CAUTIVA.

La virgen fenicia, muy triste y llorosa,
la pálida frente reclina en el trono
del rey Salomón.

¡Cuán bella es la virgen, la virgen cautiva
que adora en silencio los torsos sagrados
de Baal Ammón!

Sus tersas mejillas son carne de rosas,
y al mórbido brazo de nivea blancura
matiza el zafir;

su boca es un cáliz de múrice tibio,
las trenzas, undosas y suaves, más rubias
que el oro de Ofir.

Y llora la virgen: recuerda su patria,
su cielo, sus campos, sus greyes queridas
y al bello pastor

Que dijo en su oído con voz melodiosa
la frase más tierna, la frase más dulce
primera de amor.

El sabio la mira:—tus ojos te acusan
¡oh joven fenicia! ¿no ansias el reino
de Jerusalem?

¿Por qué si te brindo mi regio tesoro
y ufanas te sirven trescientas mujeres
desdeñas mi harem?

¿Qué vale tu oro? qué vale tu reino,
tus lindas esclavas, tus ricos palacios?
—¡oh gran Salomón!

Devuelve á mi pecho la calma y la dicha...
Adoro mi patria, mis greyes, los campos
de Tiro y Sidón;

la dulce zampona mi oído refresca,
parece que miro los tiernos rebaños
bajar al redil;

parece que escucho los tristes balidos...
y allá muy lejana, vibrante y sonora
canción pastoril...

El rey compasivo medita un instante:
—Es justo, le dice, que llores tu dicha
tu patria y tu amor.

Retorna á tus greyes, retorna á tus huertos,
retorna á los brazos del tirio felice,
del bello pastor...

La hermosa fenicia radiante se yergue;
revela su rostro contento, alegría,
é intensa emoción...

Los mórbidos brazos levanta hacia el cielo,
se postra de hinojos y besa las plantas
al rey Salomón.

J. M. Galindez.

¡VEREMOS!

Anoche en el salón, oí que tus labios
“Veremos,” me dijeron.

Sentí en el corazón fuego de gloria,
mis fibras de placer se estremecieron.
Miré tus ojos, que derraman siempre
tan dulce mansedumbre,
y ellos bañaron mi alma, que te adora,
con los tibios fulgores de su lumbre.

“Veremos”—¿qué veremos, alma mía?
¿Qué dijo esa mirada?

¡Oh! no entreabras la puerta de ese cielo,
no me muestres la luz de esa alborada.
No hagas brotar la luz de esa esperanza
para destruirla luego,
no animes más la llama en que me abrazo,
si no has de arder conmigo en ese fuego.

Estanislao del Campo.



Cuadro del natural, por el Profesor Gustavo Eberlein.

